

por Juan Carlos Cano

Frente a los grandes monumentos, fruto en ocasiones más de una pretensión ideológica que de una propuesta estética, el trabajo de Sandra Calvo y Pedro Ortiz Antoranz rescata la sensibilidad plástica de la vida cotidiana contemporánea.

Monumentos menores

Dicen que la monumentalidad es propia de tiempos heroicos, donde una fuerte dosis de esperanza se mezcla con una pizca de vulgaridad y otra de ingenuidad. Sin embargo, también sucede lo contrario, la monumentalidad aparece en épocas confusas donde la vulgaridad es tan vasta que se confunde con la propia esperanza. Lo heroico tiene pretensiones de intemporalidad, lo vulgar no, pero todo termina por derrumbarse. Un ejemplo de esto fue la existencia efímera de la estatua de Stalin en el Parque Letná de Praga. La mole de granito y concreto de 15 metros de alto con la figura del padrecito Stalin guiando a su pueblo fue terminada en 1955. Otavar Svec, el escultor, presionado por la burocracia comunista, se suicidó poco antes de la inauguración. En 1962, ya muerto Stalin, la estatua fue demolida. Desde entonces, el basamento ha tenido múltiples usos, el más irónico de ellos tuvo lugar en 1996, cuando apareció una estatua temporal de Michael Jackson que promocionaba su gira europea HIStory. Terminada la gira desapareció la estatua. La grandeza había muerto hace ya bastante tiempo.

No son monumentos lo que necesitamos ahora. Ésta sería una afirmación contundente si tuviéramos algo de sensatez, algo de memoria histórica, sin embargo, la grandilocuencia aún existe y no dejará de existir. Basta prestar atención al efecto Guggenheim en múltiples ciudades, a los rascacielos de Dubai o China, o a la Biblioteca Vasconcelos de la ciudad de México para convencernos de que el escepticismo no tiene lugar cuando se trata de pretender construir para la posteridad. De cierto modo, los seres humanos necesitan sentirse inmortales y para eso necesitan la ilusión de sus templos.



SANDRA CALVO Y PEDRO ORTIZ ANTORANZ, DE LA SERIE *PALCOS*.



SANDRA CALVO Y PEDRO ORTIZ ANTORANZ, DE LA SERIE *PROXIMA*.

Otra cosa es la vida cotidiana, aquello que sucede casi sin sentirse y de tanto suceder se desvanece en la rutina. Si la monumentalidad es el engaño, la cotidianidad es la acentuación de lo real. Y cuesta trabajo encontrar algo provocativo en el día a día. La rutina provoca ceguera. Es cuestión de tallarse los ojos y mirar más de cerca, como un buen miope lo haría de manera natural, sólo así es posible hallar templos en la cotidianidad, encontrar mitos personales casi por casualidad. Esto es lo que intentan recalcar Sandra Calvo y Pedro Ortiz Antoranz en su libro *Monumentos menores*, un proyecto fotográfico surgido a partir de la búsqueda de ciertos héroes menores que habitan en las metrópolis y materializado en las huellas que estos héroes

SANDRA CALVO Y PEDRO ORTIZ ANTORANZ, LÍNEA BLANCA.



SANDRA CALVO Y PEDRO ORTIZ ANTORANZ, DE LA SERIE POSTE.



van dejando sin ser conscientes de ello. Las fotografías muestran situaciones efímeras encontradas en diversas ciudades (Nueva Delhi, Bombay, Beijing, Chongqing, Shenzhen, Guangzhou y México DF) cuya característica en común es el desbordamiento urbano. Salvo por pequeños detalles, podríamos pensar que se trata de la misma ciudad, el mismo caos, ¿o es que en realidad estamos hablando de una misma ciudad en distintos lugares? La ciudad globalizada y sus monumentos menores. Monumentos que no son intencionales, sino que nacieron de la creatividad de lo necesario, colchones y plantillas de zapatos puestos a airearse en el sol, puestos de comida al pie de torres electrificadas, carteles de cine que tapan goteras en las casas, todo con una intención clara y práctica que es la supervivencia cotidiana en la metrópoli contemporánea.

Aquí no hay afanes estéticos, simplemente las cosas como son. Y aquí es donde entran los ojos de Calvo y Ortiz Antoranz en el papel de traductores. ¿Traductores de qué? ¿De la estética urbana convertida en objeto de museo? Sería un error verlo de esta manera. Es más, sería un error intentar aproximarse a estas fotografías únicamente desde un punto de vista estético. Duchamp propuso que un portabotellas fuera transformado de su condición de objeto

común y corriente a una supuesta obra de arte, Warhol hizo lo mismo con las cajas Brillo, pero éstos eran ejercicios que partían del mundo del arte y hacían comentarios críticos acerca de este mismo mundo. Calvo y Ortiz Antoranz se encuentran más cerca de Robert Smithson o de Dan Graham en cuanto a la observación atenta de un paisaje y en su posterior registro. La fuerza de las imágenes radica más en su condición documental que en la pírueta artística. La intervención sobre el "paisaje hallado" es mínima si no es que inexistente, en el caso de Smithson o Graham podía ser el simple registro y su narración o la colocación estratégica de algunos espejos, en *Monumentos menores* es la fotografía precisa con una descripción objetiva. Aquí los títulos juegan el papel de comentarios sutiles: casi nada para mostrar pedacitos de muy poco. Mostrar muy poco pero moverse mucho. Si la intención de Henri Cartier-Bresson era mantenerse quieto frente a una situación particular y esperar el instante preciso en el cual la composición apareciera como un satori zen, en *Monumentos menores* sucede lo contrario, los fotógrafos se mueven, hurgan las ciudades y encuentran el monumento preciso, se convierten en una especie de *flâneurs* globales que han intercambiado el romanticismo por la sorpresa

irónica, son nómadas aventajados que saben de antemano que deben apresurarse puesto que en cualquier momento lo hallado desaparecerá. De hecho, al observar las imágenes sabemos que estos monumentos ya no existen, que sus transformaciones son continuas y efímeras. Como buenos mutantes en movimiento ahora ya son otra cosa.

Gilles Deleuze y Félix Guattari decían acerca de Kafka y de la literatura menor que su lenguaje iba siempre más lejos de la desterritorialización a fuerza de sobriedad, que en vista de que el vocabulario está desecado había que hacerlo vibrar en intensidad. Los monumentos menores son algo parecido, aparentemente son tan mudos que pasan desapercibidos, sin embargo, se aparecen en cualquier territorio disponible, se confunden en él y con él: una tapa de una coladera de concreto puede transformarse en llanta, una bolsa de plástico puede convertirse en piedra o una bola metálica en medio de la arena rodeada de neón puede parecernos lo más normal del mundo. Ahí están, conscientes de su temporalidad, de su antimonumentalidad, con un lenguaje seco pero intenso, dispuestos a mutar en lo que se le plazca a cualquier personaje anónimo y entonces cambiar de lengua. Cualquier lengua. Y desaparecer. Sin grandeza. Sin heroísmos. ■